



**SPE**



Santa Teresa de Jesús  
Tres Cantos

# **VELAD**

**JÓVENES DE SANTA TERESA DE JESÚS  
DE TRES CANTOS**

**(29 DE NOVIEMBRE DE 2020)**

# INTRODUCCIÓN

Hoy la Iglesia ha comenzado el tiempo de Adviento, y con él, un nuevo Año Litúrgico. ¿Otra vez? ¡No! ¡Es el único adviento que vas a vivir este año! No se trata de caer en recursos comunes que todos conocemos: esperanza, venida, oración... se trata de acompasar nuestra vida al tiempo que la Iglesia nos invita a vivir. En el fondo, es un regalo para poder vivir la pedagogía que continuamente nos educa y nos ayuda a vivir.

## *Un tiempo para la espera*

El Adviento es el tiempo de la espera. Toda la vida en realidad lo es. La espera de un bien que debe venir, la esperanza de que suceda algo hermoso y grande forma parte de nuestra naturaleza de hombres. Sin darnos cuenta, siempre esperamos. Pero nos cuesta esperar: es algo difícil. Charles Péguy ponía en boca de Dios unas palabras que quisiera proponeros:

La fe, dice Dios, no me sorprende.  
No me resulta sorprendente.  
Resplandezco tanto en mi creación...

La caridad, dice Dios, no me sorprende.  
No me resulta sorprendente.  
Esas pobres criaturas son tan desdichadas que,

a menos de tener un corazón de piedra,  
¿cómo no iban a tener caridad unas con otras?

Lo que me admira, dice Dios, es la esperanza.

No me recapacito.

Esa pequeña esperanza que parece nada.

Esa niña esperanza. Inmortal.

*(El pórtico del misterio de la segunda virtud).*

¿Por qué es difícil esperar? En primer lugar por la existencia del mal. Todos los días vemos el mal esparcirse en el mundo, y parece ganar. Aún más, el triunfo del mal dentro de nosotros se opone a la esperanza. Somos pecadores, caemos siempre en los mismos pecados. A pesar de nuestros buenos propósitos, no vemos mejoras. Parece que Cristo no cumple la promesa que el encuentro con Él ha suscitado en nuestra vida.

Es necesario volver al frescor de los comienzos. Redescubrir la esperanza con una conciencia más madura. ¿Dónde podemos aprender a esperar de nuevo? Uno de los lugares que Dios nos regala es la Escritura. Meditándola, se puede formar en nosotros una nueva visión del mundo: la de la fe. Miremos algunas grandes figuras bíblicas que vivieron intensamente la espera.

### *Abraham*

La vocación de Abraham consiste en una gran promesa y en la petición de un grave sacrificio. Dios le dice: *Deja tu tie-*

*rra y ve al país que yo te mostraré. Yo haré de ti una gran nación y te bendeciré* (Gn 12, 1-2). La Escritura no relata ningún titubeo: cuando Dios llama, Abraham obedece. Obedece justamente porque él confía en la promesa que hace vibrar algunas cuerdas de su corazón que parecían ya oxidadas. Abraham deseaba una descendencia, pero había dejado de creer que su deseo pudiera realizarse. Era un deseo que había enterrado. Aquí pero que aparece un factor nuevo, inesperado: Dios le habla y despierta su deseo de vida.

Además de la descendencia Dios promete también una nueva tierra. Cuando Abraham sale, las dos promesas aún no se han realizado. Su cumplimiento es simplemente un anuncio. Abraham no tiene fuerzas para realizarlas él sólo. El objeto de su esperanza supera sus posibilidades. Esta es una característica importante de la esperanza cristiana: ésta excede las posibilidades del hombre. *Sed realistas, pedid lo imposible*. Justamente porque supera nuestras posibilidades, esta esperanza encuentra siempre su origen fuera de nosotros mismos, debe ser sugerida desde el exterior, por un acontecimiento imprevisto.

Hay otro hecho que sorprende: Abraham deja su patria, su ciudad, su casa, todo lo que ama. El traslado es definitivo. No regresará jamás. Su camino no consiste en un ciclo eterno de nacimiento y de muerte, donde se empieza y se acaba siempre en el mismo punto, si no que avanza hacia un futuro más brillante. El tiempo y la vida comienzan a tener un sentido. El presente adquiere un peso porque está orientado a un futuro.

Si Cristo nos hubiera encontrado por la calle, nos habría mirado viendo en nosotros aquello que nosotros mismos no vemos: una belleza infinitamente más intensa y gloriosa de lo que conocemos, y sin embargo no falsa, no ausente. Entonces hubiéramos percibido en su mirada no solo un amor extraordinario, como si en ese momento estuviese viendo la cosa más bella del mundo, sino también una tristeza y un temor igual de grandes. La tristeza en la mirada de Jesús sobre nosotros mide nuestro potencial de mejora.

Por otro lado Él no nos ha prometido una vida tranquila. Al contrario, con su venida -o sea con la entrada en escena de la esperanza- el mundo se ha convertido en campo de batalla, el escenario de una lucha que se combate ante todo dentro de cada uno de nosotros. No hay esperanza sin un serio compromiso con la vida.

¿Cuál es para Abraham el significado del tiempo que pasa? En su caminar crece en él la certeza de que Dios provee, que todo procede del bien. Ascendiendo al monte Moriah, Isaac pregunta a su padre qué se podrá ofrecer sobre el altar. Abraham responde que *Dios mismo proveerá el cordero* (Gn 22, 8). Estas palabras encierran quizás la síntesis de toda su vida. Él ha aprendido que Dios entra siempre en los acontecimientos del mundo para manifestar su bondad. *Dios provee* significa *Dios me ama y llevará toda mi vida a buen término*. Abraham hace su parte, obedeciendo las órdenes que Dios le da, sube al monte, construye el altar, busca la madera, incluso ata a su hijo y lo pone sobre el altar. Es Él nuestra esperanza.

## *Los profetas*

También los escritos de los profetas nos ayudan a esperar. Los profetas releen la historia de su pueblo y ayudan a reconocer en el pasado los signos de la presencia de Dios. Así reavivan la gran esperanza en aquellos que viven arras-trándose por la existencia día tras día. Releen sobre todo la historia del Éxodo, pero en sus reflexiones a menudo vuelven a aparecer las figuras de los patriarcas. Durante el Adviento la Iglesia nos propone especialmente la lectura del profeta Isaías.

Vivió durante la cautividad en Babilonia, en tiempos oscuros para los judíos, que están lejos de la tierra prometida y son esclavos del enemigo. En este contexto, el profeta evoca la figura de Abraham para renovar la promesa que le hizo a él y a su descendencia. *Fijaos en vuestro padre Abraham y en Sara, que os dio a luz: cuando él era uno solo, yo lo llamé, lo bendije y lo multipliqué. Sí, el Señor consuela a Sión, consuela todas sus ruinas: hace su desierto semejante a un Edén, y su estepa, a un jardín del Señor. Allí habrá gozo y alegría, acción de gracias y resonar de canciones.* (Is 51,2-3).

Isaías no niega que el presente sea duro y esté sumergido en tinieblas. Pero logra que en la oscuridad brille una luz, una palabra cargada de promesa. Hay dos tipos de personas que no esperan en la justicia: los que la quieren administrar ellos mismos, o sea los prepotentes, y los que no creen que Dios se interese por el camino del mundo, es decir los fatalistas y los resignados. Pero también hay personas que tienen la humildad de esperar en la justicia: Dios

realizará su plan. A estos últimos el profeta dirige la invitación de recordar su historia. Sin memoria no se puede esperar.

El profeta no es ante todo alguien que sabe predecir el futuro: más bien sabe leer la historia. Por eso Isaías aconseja recordar a Abraham y Sara. Invita a los judíos que se encuentran oprimidos y en el exilio a mirar a sus antepasados: eran estériles, les ha sido prometida una descendencia numerosa y ha empezado a realizarse. Incluso el exilio debe interpretarse a la luz de esta promesa. La esperanza en Dios cambia el presente, nos hace libres frente a las restricciones actuales.

Los profetas nos ayudan a leer nuestro pasado gracias a una promesa dirigida hacia el futuro. No se limitan a representar un pasado glorioso, sino que nos abren a una novedad que supera nuestra capacidad de imaginación. No se trata de volver atrás, sino de avanzar. Dios promete algo más: *Mira, yo hago nuevas todas las cosas* (Ap 21,5). Nosotros progresamos de milagro en milagro, recibimos gracia tras gracia. Se trata de una verdadera ley espiritual: no podemos parar nunca, debemos ponernos siempre en movimiento para dejarnos atraer por la misericordia de Dios. *Quien no avanza, va seguramente hacia atrás*, dice San Bernardo. Este deseo de avanzar, de no asentarse sobre los éxitos del pasado, es el signo de una vida auténticamente cristiana. Porque a través de nuestra adhesión al plan de Dios se realiza *su* promesa, estamos llamados a salir siempre cada vez de nuestra casa para descubrir nuevas tierras.



En el capítulo 60, Isaías aclara de forma genial el objeto de nuestra esperanza. Todo el capítulo está dedicado a la Jerusalén celestial, o sea al Paraíso.

Lo primero que el profeta promete es la ruptura del velo que nos impide ver la gloria de Dios. *¡Levántate, resplandece, porque llega tu luz y la gloria del Señor brilla sobre ti! Porque las tinieblas cubren la tierra y una densa oscuridad a las naciones, pero sobre ti brillará el Señor y su gloria aparecerá sobre ti (Is 60, 1-2)*. Nosotros hemos sido creados para mirar a Dios, para contemplarlo. Sólo la contemplación directa de Dios puede colmar el deseo de nuestro corazón. Isaías también hace alusión a la gran alegría que nos llenará en ese momento: *Al verlo, estarás radiante, palpitará y se ensanchará tu corazón (Is 60, 5)*.

El segundo elemento es la reunión del pueblo. Así como sufrimos por el hecho de no ver a Dios, del mismo modo sufrimos por la desunión con nuestros hermanos. *Las naciones caminarán a tu luz, y los reyes al esplendor de tu aurora. Mira a tu alrededor y observa: todos se han reunido y vienen hacia ti (Is 60,3-4)*. La esperanza cristiana no mira sólo a la contemplación individual de Dios, si no a la contemplación comunitaria. Todos los aspectos de la vida cristiana están esencialmente insertados en la comunión. No podemos salvarnos solos. No podemos vivir sin una comunidad.

En los últimos versículos del capítulo 60 Isaías especifica aún más su promesa: este culto común no tendrá fin, no será pasajero, sino eterno. *El Señor será para ti una luz eterna y tu Dios será tu esplendor. Tu sol no se pondrá nunca más*

*y tu luna no desaparecerá, porque el Señor será para ti una luz eterna y se habrán cumplido los días de tu duelo (Is 60, 19-20).*

La esperanza se refiere a un bien que nunca va a pasar, un bien eterno. Sólo una esperanza eterna tiene la fuerza de cambiar realmente nuestro presente. Benedicto XVI escribió en la introducción a la *Spe salvi: El presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino.*

El bien que esperamos conseguir debe ser grande, o sea debe ser eterno. Todo lo que pasa es demasiado poco para nuestro corazón. No podemos vivir sin la esperanza de la eternidad. Esta permite afrontar cualquier prueba en este tiempo con la conciencia de que constituye un paso importante hacia la felicidad.

### *Juan el Bautista*

Una tercera figura bíblica que nos enseña la esperanza es Juan el Bautista. Es el profeta entre la Antigua y la Nueva Alianza. Aquel que los demás profetas sólo han podido anunciar, él lo indica. Por fin se aclara la finalidad del camino de la humanidad que empezó con Abraham, y la conversión del deseo del corazón. Aún no espera verdaderamente quien desea una tierra prometida o una descendencia numerosa, ni quien anhela por la reconstrucción de Jerusalén. Espera verdaderamente sólo quien desea a Cristo.

Fue Juan el Bautista quien señaló primero a los hombres *el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (Jn 1, 29).

Juan el Bautista es el único profeta que encontró al Salvador en persona. Por ello es también el profeta más feliz. Llevaba seis meses en el vientre de su madre cuando exultó reconociendo a Jesús en el seno de María. Este gozo ha llenado su vida. Juan ha vivido en la memoria gloriosa de su primer encuentro con el Señor.

Conociendo la verdadera alegría, él no quería rebajarse a alegrías fugaces. Esto corresponde a ese momento de su vida que fue el desierto. Juan llevaba una vida austera, *estaba vestido con piel de camello y cinturón de cuero, y se alimentaba con langostas y miel silvestre* (Mc 1, 6). No quería gozar más que del encuentro con Jesús, no quería consolarse con otras cosas.

La experiencia de la verdadera alegría fue necesaria para su misión, para invitar a la gente a la penitencia, para preparar la alegría del encuentro. En las palabras del Bautista encontramos una gran vehemencia. Él quería sacudir a sus contemporáneos, que eran como los hombres de todos los tiempos, atentos solo a sus intereses y totalmente distraídos de Dios. *Juan decía: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a escapar de la ira de Dios que se acerca? Producid los frutos de una sincera conversión, y no penséis: «Tenemos por padre a Abraham». Porque yo os digo que de estas piedras Dios puede hacer surgir al hijo de Abraham. El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; el árbol que no produce buen fruto será cortado y arrojado al fuego* (Lc 3, 7-9).

¿De dónde sacaba Juan el Bautista la fuerza para amenazar de esta manera sus contemporáneos, hasta sacudir las profundidades de sus conciencias? De la experiencia de una íntima comunión con Jesús y de la gran esperanza para los hombres que acudían a él. Sus invectivas eran ante todo un testimonio de Cristo. En el cuarto Evangelio define plenamente la misión del Bautista: *Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él (Jn 1,6-7)*. Juan el Bautista es violento porque es un testigo veraz. Él ha visto la luz, la conoce y quiere permitir que ella se difunda en el mundo. No tolera las tinieblas.

En él conviven firmeza y dulzura. El encuentro con Cristo hace que sea dulce, porque lo llena de alegría, pero también firme, porque le hace conocer la santidad. Juan tiene un sentido muy agudo del pecado y de la penitencia. No podemos encontrar a Cristo sin sentir la necesidad de la purificación. La presencia de Dios nos llena de alegría y al mismo tiempo de deseo de cambiar, de caminar. Los santos tienen un gran sentido del pecado y por tanto un gran deseo de conversión. En este sentido, también la confesión de nuestros pecados es siempre una expresión de esperanza.

Juan el Bautista vivía una profunda virginidad hacia las personas. Él no tenía pretensiones de propiedad sobre sus discípulos. Ha sido el profeta más grande de todos los tiempos, su predicación tenía un éxito enorme. Pero cuando vino Jesús y muchísimos lo dejaron para seguirle a Él, el Bautista se esfumó, contento de haber podido servir. Des-

pués de haber cumplido su cometido, se hundió en la ocultación. ¿De qué le venía una libertad así? De la esperanza verdadera, que no consiste tanto en el deseo de éxito personal, cuanto en el deseo de la venida del Reino de Dios.

### *Conclusión*

Hemos meditado sobre la esperanza con el testimonio de algunas figuras bíblicas. ¿De dónde la podemos tomar nosotros? ¿No es acaso una virtud demasiado grande? Desde cierto punto de vista, es necesariamente así, porque tiene como objeto a Dios. ¿De dónde nos vendrá entonces la fuerza y la posibilidad de una esperanza verdadera?

En una homilía de Benedicto XVI he encontrado una respuesta de alguna manera impactante. Afirma que nosotros podemos esperar contemplar a Dios porque Dios espera en nosotros. Dice: *Mi esperanza, como la vuestra, ¡está precedida por la espera que Dios cultiva hacia nosotros! Sí, Dios nos ama y justamente por esto espera que nosotros volvamos a Él, que abramos el corazón a su amor, que pongamos nuestra mano en la suya y nos acordemos de ser hijos suyos. Esta espera de Dios precede siempre nuestra esperanza, exactamente como su amor siempre nos alcanza primero.*

Así como nuestra esperanza supera nuestras fuerzas, así también la esperanza de Dios supera sus fuerzas. Él desea una respuesta nuestra, pero, aún siendo omnipotente, no nos quiere forzar. Dios quiere una respuesta libre. Llama a nuestra puerta, a la puerta de nuestro corazón, y pide entrar, ser acogido en nuestro corazón con un gran deseo.

# RECONOCER

- Abraham es llamado por Dios para emprender un camino que desconocía, pero que necesitaba depositar su confianza en Dios para poder conocer el destino. Puedo presentar hoy algún momento en el que fiarme de lo que Dios me pedía, por mucho que me costase, ha tenido como fruto el cumplimiento de las promesas de Dios en mi vida.

- También puedo compartir algún momento en el que la oscuridad, el dolor, las dificultades... puedan haber tenido un cierto protagonismo en mi vida. ¿Cómo he podido mantener la esperanza viva en estos momentos? Si no he podido vivir esto con esperanza, ¿qué es lo que me faltaba para que brillase la luz en mi vida?

- Otro modo de contemplar la esperanza puede haber sido algún momento en el que yo no era consciente de lo que me pasaba y he necesitado de otro que, como el Bautista, me llamase la atención para poder cambiar de vida. ¿Cómo fue ese cambio? ¿Me permitió ver la presencia de Dios en mi vida?

# INTERPRETAR

## *SAGRADA ESCRITURA*

- **Salmo 43 (42):** Espera en Dios
- **Isaías 40, 25-31:** Los que esperan renuevan su fuerza
- **Romanos 4, 18-25:** Contra toda esperanza
- **1 Juan 3, 1-11:** El que tiene esperanza en Él
- **Marcos 9, 17-24:** Aumenta mi fe
- **Juan 11, 21-35:** Si hubieras estado aquí...

## *MAGISTERIO DE LA IGLESIA*

- **Spe Salvi 10-12. 26-27:** La verdadera esperanza
- **Catecismo Iglesia Católica:** 1817-1821.
- **Papa Francisco:** Audiencia General 27/09/2017
- **Christus Vivit 43-48:** María, la muchacha de Nazaret
- **Christus Vivit 103-110:** Hay salida
- **Christus Vivit 139-143:** La fe conduce a la esperanza

# ELEGIR

La esperanza es un don que se recibe, pero que también se alimenta. Para poder transformar mi vida e iluminar a los de mi alrededor con la luz de la esperanza, puedo pensar como compromiso personal en algún gesto, alguna imagen que pueda colocar en algún lugar de la casa... que me permita recordar siempre el don de la esperanza.

Quizá también pueda pensar en alguien a quien sepa que le falta esperanza y alegría. Puede hacerle una llamada, un regalo, invitarle a alguna actividad parroquial... y después mirar cómo ha sido la experiencia de compartir parte de mi vida con él.

Como compromiso para el grupo, podemos pensar en lugares en los que puede hacer falta la esperanza: residencias, hospitales, albergues de transeúntes... podemos organizar un día para ir a cantar juntos villancicos y felicitar la Navidad. Este año, la Navidad puede estar marcada por una situación un tanto extraña: ¿se nos ocurre algo que ayude a la sociedad en la que vivimos a recuperar la esperanza?